



Universidad
de Concepción

AÑO 1999 ISSN: 0719-675X

Revista Electrónica de Trabajo Social Universidad de Concepción

VOLUMEN N°3

ISSN 0719-675X

DIRECCIÓN:

Ivan Peña Ovalle

COMISIÓN EDITORIAL:

Mario Hernán Quiroz Neira

Ivan Peña Ovalle

Juan Manso Pinto

Patricia Witham Killey

Contacto: revistatsudec@gmail.com

Fotografía de portada: Vanessa Quezada Arias

Volumen N° 3, año de la publicación 1999

Departamento de Trabajo Social
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Concepción
Barrio Universitario s/n
Fono (41) 2 204106
Fax (041) 2 231084

www.revistatsudec.cl

www.trabajosocialudec.cl

Revista de publicación anual editada por el Departamento de Trabajo Social

PRESENTACION

Presentamos a Uds. el Tercer número, de la revista Trabajo Social, que en esta ocasión está dedicada mayoritariamente al tema de la Identidad Profesional. En este sentido diversos autores nos introducen en esta discusión disciplinar y, si bien es cierto, no agotamos el tema por lo menos nos ayudan a responder las siguientes interrogantes: ¿cómo definimos el Trabajo Social?, ¿Cuál es el objeto de análisis e intervención?, cuáles son los objetivos y funciones profesionales? y por último ¿cuál es la especificidad profesional?.

En este contexto la mayoría de los artículos actualiza la ya vieja discusión en torno a si Trabajo Social es Tecnología, Ciencia o Disciplina y la relación de éste con el tema de la ínter y transdisciplinariedad.

Consecuente con nuestra orientación pluralista y dialógica hemos acogido en esta oportunidad, artículos de autores de diferentes países, tales como: Chile, Argentina, Venezuela y Costa Rica, lo que además aparece como muy coherente cuando se trata de metaanalizar al Trabajo Social Latinoamericano por sus propios actores.

En palabras de uno de los autores el tema del objeto del trabajo Social ocupa una centralidad en la discusión actual, de la mano por la preocupación por la identidad profesional. Además, subsiste la reflexión en torno a la cuestión de los métodos, la necesidad de construir la identidad propia del Trabajo Social, la especificidad de su objeto de intervención planificada, y la necesidad de ejercer una vigilancia epistemológica de sus métodos y prácticas.

Así entonces, con este número pretendemos exhortar al lector a resignificar la identidad disciplinar, afirmando que ésta se edifica como

fundamento de la historia proponiendo la noción de Trabajo Social, como una disciplina.

CONTRIBUCIONES AL DEBATE SOBRE EL OBJETO Y LA IDENTIDAD EN TRABAJO SOCIAL

María Lorena Molina M.*

María Cristina Romero S.**

RESUMEN

El resultado de la polémica polarizada entre el Trabajo Social clásico (asistencial y tecnocrático) versus el Trabajo Social reconceptualizado y el alternativo, es lo que caracteriza la formación académica y los distanciamientos o simbiosis relativos al mercado laboral.

Es en esta polaridad de la discusión disciplinaria de donde emerge la posibilidad de plantearse las versiones del objeto de la disciplina para trascender la sinonimia con objetos específicos de intervención profesional y el objeto genérico. De allí, las constantes preocupaciones por definir el Trabajo Social por el hacer y no por el ser.

El tema del objeto del Trabajo Social ocupa una centralidad en la discusión actual, de la mano con la preocupación por la identidad profesional.

Creemos que para entender lo segundo, se requiere abordar analíticamente lo primero, metiéndonos en el meollo de la discusión documentada en las publicaciones más recientes.

Palabras Claves: Trabajo Social - Disciplina - Objeto - Identidad - Especificidad.

SUMMARY

The result of the polemics and polarization between classical Social Work (assistential and technocratic) versus Social Work 'reconceptualized' and its alternative, is what characterizes academic formation and the distances or symbiosis relatives to the labor market.

From this polarization of the disciplinary discussion emerges the possibility of considering versions of the discipline's object in order to transcend the synonymy with specific objects of professional Intervention and the generic object. From there, stem the constant concerns to define Social Work in terms of 'doing' rather than in terms of "*being*."

The topic of the object of Social Work occupies a central place in the current discussion, together with the concern about professional identity. We believe that to understand the second, it is necessary to approach the first analytically, by means of a profound study of the discussion documented in the most recent publications.

KEY WORDS: Social Work - Discipline - Object - Identity - Specificity.

La consustancial inequidad que marcó el transcurrir de la humanidad y que hace crisis al agudizarse las contradicciones económicas y sociales - con el fortalecimiento del capitalismo como modelo hegemónico, coadyuvado por los logros en el campo de la industria en el siglo pasado y comienzos del siglo XX-, demandó acciones paliativas de carácter filantrópico desde las iniciativas privadas, y luego, con el advenimiento de la función interventora del estado en el ámbito social, sustentado en el modelo keynesiano de anticiparse a la demanda, se constituye el escenario institucional que ofrece el espacio para que comience el desarrollo de una profesión que atiende las manifestaciones de las contradicciones estructurales de una sociedad capitalista.

De lo anterior, entonces, se concluye que el Trabajo Social, al igual que otras profesiones, tiene su origen en la existencia de una dinámica social que genera espacios que hacen posible el surgimiento de una profesión, cuyo principal campo de acción, por ser estatal, la constriñe a los límites que la lógica de las funciones del Estado le señalan; esto es, la función de cohesión social especificada en funciones económicas, coercitivo-legales y de control social e ideológico (Kaplan, 1969).

Por lo tanto, hasta aquí podemos plantear que, si bien el Estado contribuye a que la función se profesionalice, la configura como parte del desarrollo de la función económica (en términos de la producción de servicios de asistencia y para la reproducción social) y de las funciones coactivo-legales y de control social e ideológico, que apuntaron a la producción de procesos sociales funcionales a la normativa y cultura dominante. Por otra parte, y de manera concomitante, la historia acumulada del ejercicio profesional es lo que permite identificar la diversidad de objetos profesionales específicos de intervención, según sea la naturaleza de los campos de acción vinculados a los ámbitos que

configuran las políticas sociales. En relación con lo anterior, cabe remarcar que tales objetos no son exclusivos de la profesión.

En este recorrido encontramos, entonces, desde una construcción teórica, la existencia de diversos trabajos sociales con sus correspondientes características. Así, hablamos de: trabajo social asistencial, entendida en la concepción originaria del servicio social, como sinónimo de otorgamiento de dádivas o regalías de un bien o de un consejo. Esta concepción evoluciona hacia una asistencia técnica basada en un enfoque psicológico y con una supuesta actitud de neutralidad y objetividad frente a la problemática social. Trabajo Social Tecnocrático como una forma de acción social que aplica técnicas de trabajo con individuos, grupos y comunidades, lo que ha sido llamado en el ámbito académico: métodos de caso, grupo y comunidad. La finalidad profesional en este sentido- estaba más al servicio de los intereses gubernamentales que de los grupos sociales demandantes de los servicios. Los modelos desarrollistas planteados por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y de modificación de conductas con efectos adaptativos, constituyeron los enfoques de los referentes teóricos que orientaron el quehacer.

Evolutivamente, el período de construcción y ampliación de las competencias profesionales, al tenor del desarrollo de la política social, se constituye en el escenario que origina una polémica disciplinaria -no de orden profesional - en Latinoamérica. Se pretende con esta discusión sacar a la superficie las concepciones ontológico-epistemológicas que ofrecen sustento al ejercicio profesional y a los procesos de formación. A nuestro modo de ver, aquí yace la génesis del Trabajo Social como construcción disciplinaria, con las interrogantes acerca del qué, el para qué y el cómo del Trabajo Social. Tal discusión dio lugar a la conceptualización de otra perspectiva del Trabajo Social, que deviene en lo que se llamó la reconceptualización, por un lado, mediante la cual se

construyen los cimientos de un trabajo social que critica la supuesta neutralidad de explicaciones mecanicistas de la realidad para dar cabida a una interpretación histórico-dialéctica de la misma y a una acción social comprometida políticamente con los intereses del pueblo. Esto dio lugar al surgimiento del Trabajo Social reconceptualizado con fines de concientización, organización y movilización social para contribuir a la transformación social, mediante la organización del pueblo para que participe en la toma de decisiones de la vida económica y política del país. El planteamiento metodológico fue el denominado *Método Integrado* (caso, grupo, comunidad); supone la realización de un proceso conformado por la sucesividad de las siguientes etapas: investigación diagnóstica, planificación de las acciones, ejecución y evaluación. La aplicación de este método también estuvo influida por los planteamientos de la educación liberadora de Paulo Freire. Con ello se abre el espacio para incorporar la investigación-acción, la investigación participativa y la educación popular en los modelos de intervención socioeducativos y promocionales del Trabajo Social.

En este punto hay una negación de los métodos terapéuticos y asistenciales del campo profesional para dar cabida a modelos socioeducativos-promocionales que aspiran a ampliar las bases de la participación social, desde las organizaciones populares.

Y, por otra parte, el Trabajo Social alternativo, cuya propuesta es una vertiente del Trabajo Social reconceptualizado, que plantea como tesis central: "el reconocer que la alternativa es la que levanta el proyecto popular respecto al proyecto de una sociedad determinada en la medida que se articula, facilita y refuerza el desarrollo organizado de los grupos populares como convocatoria de una nueva hegemonía. Esto supone una práctica profesional que privilegia la creación de condiciones objetivas y subjetivas que favorezcan que los intereses de los sectores populares sean

hegemónicos. No se trata de una praxis militante, sino de una actividad profesional que en cada situación concreta ese quehacer se perfila desde las condiciones que le señala la realidad y las asignaciones que son propias de la profesión" (Maguiña y otros, 1987).

El resultado de la polémica polarizada entre el Trabajo Social clásico (asistencial y tecnocrático) versus el Trabajo Social reconceptualizado y el alternativo, es lo que caracteriza la formación académica y los distanciamientos o simbiosis relativos al mercado laboral.

Es en esta polaridad de la discusión disciplinaria de donde emerge la posibilidad de plantearse las versiones del objeto de la disciplina para trascender la sinonimia con objetos específicos de intervención profesional y el objeto genérico. De allí, las constantes preocupaciones por definir el Trabajo Social por el hacer y no por el ser.

El tema del objeto del Trabajo Social ocupa una centralidad en la discusión actual, de la mano con la preocupación por la identidad profesional.

Creemos que para entender lo segundo, se requiere abordar analíticamente lo primero, metiéndonos en el meollo de la discusión documentada en las publicaciones más recientes.

Nora Aquin (1996) propone que la discusión sobre el objeto de Trabajo Social conduce a un intento de resignificación y precisión a la luz de su carácter histórico-social, lo cual equivale a otorgar un estatuto político a la necesidad social, a interpretar epistemológica, teórica, ideológica y políticamente tal necesidad social y con este marco de referencia, intervenir en la asignación de recursos. Esto configura una intervención fundamentada, es decir, una acción profesional y profesionalizante, dado que las intervenciones no resultan aisladas y sujetas a voluntades clientelistas, sino que devienen de la legitimación profesional.

Para Netto (1998), citado por Montaña, el Trabajo Social no posee un objeto de conocimiento propio, por lo tanto, no produce teoría propia. Posee un saber técnico-operativo autóctono, aunque su arsenal y sus teorías sean comunes a otras profesiones, por lo tanto, si existe producción teórica desde el Trabajo Social, ésta se insertará en una teoría social y no en una teoría del Trabajo Social, y desde el ámbito del ejercicio profesional, produce un "saber propio" pero no es teórico, sí técnico y operativo.

Esta perspectiva supera la separación positivista entre ciencia y técnica, y además diferencia el campo de lo disciplinario y de lo profesional.

Según Susana García (1991), de la triangulación entre los sujetos sociales portadores de recursos y satisfactores (desde nuestro punto de vista el Estado y las ONG's), por otro lado ,los sujetos sociales portadores de necesidades y carencias y , en tercer término, el sujeto social intermediario (trabajador social), nace el objeto de intervención bajo la forma de los efectos de las contradicciones en las condiciones de vida de las clases subalternas. Desde nuestro punto de vista, la triangulación entre sujetos es superada por el concepto de actor social, protagonista en el cumplimiento, el disfrute y la exigibilidad de los derechos.

La agudeza del pensamiento de Iamamoto (1997), se refleja en el análisis que incorporamos a continuación. Para esta autora, el Trabajo Social se institucionaliza como profesión cuando el Estado interviene directamente en las relaciones entre empresarios y trabajadores, mediante la legislación laboral y social, y la constitución de una red de servicios sociales. Estas determinaciones genéticas lleva a Marilda V. Iamamoto (1997) a cuatro conclusiones:

a) El Trabajo Social se afirma como especialización en el proceso de la división social del trabajo, en tanto es

parte de una estrategia que articula intereses homogenizados por el gran capital.

b) El surgimiento y expansión del Trabajo Social está signado por el carácter cada vez más social del trabajo contrapuesto a la apropiación privada de las ganancias del mismo. Por ello, la acción profesional se mueve entre intereses sociales contradictorios que se recrean (aunque estos no se revelen automáticamente en la cotidianidad del trabajo profesional), sino históricamente y no pueden ser eliminados por acciones voluntaristas.

c) Entonces, la práctica profesional tiene un carácter esencialmente político (no es neutral aunque se escude en aplicación de técnicas).

Ese carácter no se deriva de la actuación individual o de su compromiso, sino de los intereses expresados en las políticas sociales públicas y privadas.

d) La dimensión política se centra en la relación de la profesión con el poder de clase. El desafío de hoy es la búsqueda de una nueva cualidad de la práctica profesional, apuntando nuevos rumbos en el análisis teórico, en la construcción de opciones y en la producción de saberes; la búsqueda de alternativas que fortalezcan a los niños, adolescentes, mujeres, ancianos, campesinos, trabajadores, desempleados, discapacitados, entre otros, como sujetos políticos colectivos.

El desafío es un quehacer profesional apoyado en el presente histórico, con ojos en el futuro, potenciando los gérmenes de lo nuevo que ya están presentes en la dinámica del proceso social.

Hay una exigencia de romper con una visión fatalista perversa, calcada de la visión mecánica de la lógica del capital, vaciada de la potencialidad de superación. En esa visión perversa tenemos un profesional acomodado que busca de una manera activista, burocratizada y rutinaria, las tareas que le son atribuidas, su límite es ser un buen tecnócrata/poseedor de los signos externos que simulan ser profesional exitoso. Con ello refuerza el paradigma de tutela y del paternalismo estatal.

La visión perversa alcanza también al profesional que se pretende progresista, que incorpora el discurso emancipador, que denuncia arbitrariedades, pero sólo apuesta a la presión que se ejerza desde afuera, como si la lucha por los derechos del ciudadano no afectara la cotidianidad del ejercicio profesional. Se traslada la lucha por los derechos, por su defensa sólo a la arena de las organizaciones de los trabajadores, de las organizaciones comunitarias.

Lo común en estas visiones es el rechazo de la historia y en esas posiciones encontradas se revitaliza la herencia conservadora del Trabajo Social, porque no permite la creación de nuevas alternativas profesionales.

La última concepción se abstrae de los determinantes objetivos de lo que es una profesión en la división social del trabajo, con demandas objetivas a responder concretizadas en la política institucional, en los programas de trabajo que reflejan estrategias y respuestas del bloque en el poder para enfrentar la cuestión social.

Entonces sí hay demandas y estrategias que debemos asumir, en tanto son las justificantes de la existencia de la profesión ¿qué esperar de un profesional no inscrito en la lógica conservadora? Se espera que sea capaz de vincular lo microsocio cotidiano, expresión de lo diverso, con lo macrosocio histórico, y que la investigación social con la que trabajamos nos permita superar la crítica estéril para convertirla en mejorar la calidad

de los servicios pertinentes con las características de las poblaciones, y no con los diseños administrativos de las jefaturas y sus únicas interpretaciones; crear mecanismos de creciente participación de la población para el control de los servicios.

Conocer los lineamientos políticos, la normativa existente, la información coyuntural, el dominio tecnológico, el fundamento del criterio experto permitirá influir en la reorientación de las políticas institucionales, sensibilizándolas a las demandas reales y potenciales y al ejercicio de los derechos de los sujetos. Esto se basa en solidez teórica, horizonte político, competencia técnica para leer la trama de la complejidad social, o sea, las relaciones, los actores y sus intereses.

Otra vertiente que aporta a la cuestión es la posición de Margarita Rozas, para quien el campo problemático del Trabajo Social es la relación sujeto-necesidad (Rozas, 1996: 60), cuyo encuadre tiene su punto de partida en tres dimensiones: acción social, subjetividad y vida cotidiana.

Es una expresión compleja diferenciada y contradictoria que marca reconstitutivamente las reproducciones particulares de la intervención profesional.

Esta relación sujeto-necesidad pasa por la resignificación de lo social desde el debate de la modernidadⁱ, en tanto que no se trata de rechazarla, sino de hacer valer sus mejores promesas y así resignificar los fines y subordinar los mecanismos de la racionalidad instrumental.

Entonces el campo problemático de la profesión nos lleva a "un conjunto de mediaciones" que posibilitan recrear mejor el ámbito cotidiano de los sujetos y del mundo de la vida.

En la construcción de la mediación, juega un papel central la comprensión de la política social, desde una perspectiva de ciudadanos como sujetos de

derechos y ello marca una comprensión y una actitud profesional que define la construcción de estrategias de acción en el sistema organizacional, desde el concepto de Crozier M. (1980) "zona de incertidumbre", a partir de cuatro fuentes de poder: a) el saber y la pericia; b) la información coyuntural, c) el dominio de la normativa y los mecanismos de protección y exigibilidad institucional, así como d) la lectura estratégica del entorno; con lo cual se subraya entonces que desde la perspectiva de la disciplina Trabajo Social, centramos la preocupación en las relaciones de inequidad social - desigualdad - discriminación entre el Estado y la sociedad civil, y hacia adentro de los grupos sociales diferenciados de la sociedad civil que reproducen tal relación macroestructural.

Desde la perspectiva profesional, los objetos particulares de la intervención se refieren a la construcción de mediaciones con los sujetos para que se posicionen como defensores de sus derechos humanos individuales y colectivos, con lo cual los roles de mediador, orientador, defensor, promotor de Trabajo Social, adquieren otras finalidades y se resitúa la lógica instrumental burocrática en función de penetrar el sistema de derechos.

Reafirmar el reconocimiento de la persistencia de la injusticia social hoy, en mayor cantidad, complejidad y heterogeneidad, así como su carácter casi irreversible, nos lleva a interrogarnos acerca de nuestra existencia como disciplina de las ciencias sociales.

Al interrogarnos, encontramos producción de conocimientos referido a preocupaciones teóricas en torno a la conceptualización del objeto, los objetivos, los roles y en ello constatamos las diversas concepciones coexistentes, según sea la matriz epistemológica desde donde se sitúen las comprensiones.

Una breve síntesis de esa diversidad se resume en el siguiente cuadro.

RESUMEN: COMPRENSIONES DEL OBJETO DE TRABAJO SOCIAL

CRITERIO	AUTOR	CATEGORÍAS CENTRALES
A Individuo y Situación	Sheffield (1937)	Interacción entre individuo y situación vivida.
	Bowers (1950)	El ser humano en su situación total.
	Bartlett (s.f.)	Funcionamiento social de las personas en las situaciones sociales.
	Perlman (1980)	Aquel tipo de problemas de relación interpersonal en los que la persona puede ser ayudada a restablecer su ajuste y buen funcionamiento.
	Hamilton (1987)	Acontecimiento humano constituido por persona y situación o sea la interacción de los factores subjetivos y objetivos.
B Necesidades	Friedlander (1969) y Heras y Cortajarena (1979)	Binomio RECURSO-NECESIDAD en la situación.
	Hasenfeld Yeskel (1990)	Necesidades y mantenimiento social. Necesidades y control social. Necesidades y cambio en condiciones

Sociales		de vida material y psicosocial.
C La vida Cotidiana	Antolín López (1976)	La problemática de la vida cotidiana.
	Gillerman y Gumaen (1976)	La cotidianidad y lo contingencial. Las relaciones vinculadas a la transición ciclo de vida familiar y comunicación y a factores macroestructurales (vivienda, salud).
	Hamilton Gordon (1987)	La interacción de los factores subjetivos y objetivos del acontecimiento humano constituido por la persona y la situación.
	M [»] Angélica Gallardo (1974)	Alienación de las masas desposeídas.
	V. Paula Faleiros (1973)	Los problemas particulares de las clases populares.
	Fonseca y Lima (1974)	La acción social del hombre oprimido.
	Natalio Kissnerman (1975)	La praxis social, la situación-problema.
	V.C. Minais Gerais Brasil (1976)	Contradicción principal: capital-trabajo: la clase trabajadora.
	Herman Kruse (1976)	Los problemas sociales.

D Tensión dialéctica entre actores sociales - problemáticas	Ander Egg (1977)	El pueblo.
	U. Chile (1981)	La acción social del hombre oprimido y dominado.
	Mercedes Escalada (1986)	Los problemas sociales, expresión de la contradicción principal.
	Boris Lima (1986)	El hombre encarnado en una estructura de clases que genera conflictos de desigualdades y problemas sociales.
	García Susana (1986)	Efectos de las contradicciones estructurales de la sociedad manifestadas en las condiciones de vida de las clases subalternas.
	Rozas Margarita (1992)	Problemáticas derivadas de la producción y reproducción social expresada en las prácticas cotidianas de los actores.
	Zamanillo y Gaitán (1991)	Génesis de los problemas y su vivencia. INTERACCIÓN INDIVIDUO-SOCIEDAD. La relación problemática obstaculiza el desarrollo del individuo.

Fuente: Molina, M.L. y Ma. Cristina Romero. Los modelos de atención asistencial, socioeducativo-promocional y terapéutico en Trabajo Social. Costa Rica: Universidad de Costa Rica, 1998 (en prensa Editorial UCR).

De las conceptualizaciones resumidas, conviene destacar algunos asuntos complementarios.

Algunos autores clasificados en el primer grupo, como Porter Lee (1929), se interrogaron sobre ¿qué significa actuar en la interacción?, ¿cambiar al individuo? o ¿cambiar el ambiente? El argumentó que enfocar la intervención es sólo uno de los componentes de la interacción que lleva a intervenciones incorrectas. Este planteamiento temprano, a nuestro modo de ver, esboza la necesaria comprensión dialéctica de la interacción de los sujetos con su entorno, pero no explicita la intención del cambio. Schwartz, citado por Compton y Galaway (1979), señala que el trabajador social es un mediador que requiere de la habilidad para dirigir estrategias hacia la persona, hacia el ambiente y la interacción persona-ambiente, él mismo, también cuestiona la definición del método por el número de personas o tamaño del sujeto en tanto que la interacción individuo-grupo-comunidad es un "sistema relacional" donde el trabajador social aplica métodos.

Para Ada Sheffield, el concepto de "situación" designa un "segmento de la experiencia y no solamente al individuo", la situación vivida la constituye los problemas reactivos ante los cambios desfavorables de las condiciones de vida.

Bowers (1950), también citado por Compton y Galaway (1979), analizó 30 definiciones sobre el objeto o foco, producidas durante treinta años; de ellas derivó que algunas conceptualizaciones señalaron la atención en: cualquier individuo; toda persona que demanda ayuda; una clase particular de individuo; personas con problemas; y las relaciones sociales del individuo.

Bartelett apuntó que el foco no está en los fenómenos de la interacción social, sino que es el "funcionamiento social de las personas en las situaciones sociales".

Perlman (1989) asume lo del buen funcionamiento del ser social para restablecer el ajuste, pero llama la atención en que el objeto es "aquel tipo de problemas de relación interpersonal en los que la persona puede ser ayudada a restablecer su ajuste y buen funcionamiento.

Gordon Hamilton (1987) subraya el objeto en la interacción de los factores subjetivos, objetivos del acontecimiento humano, constituido por persona y situación. Estas comprensiones ponen el acento o en el individuo o en la sociedad, o en la interacción de éstos con la sociedad que no se cuestiona, sino el sujeto debe ajustarse a ella.

Con este enfoque encontramos estricta coincidencia en la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Costa Rica, en cuya documentación curricular se explicita entre los años 40 y 60 inclusive, un objeto que reza así: "El ajuste del individuo al medio" (Currículum 1942 y 1969).

En el segundo grupo de autores, correspondiente al enfoque que privilegia el criterio de necesidades sociales y sistemas proveedores, ha sido criticado duramente por Zamanillo y Gaitán (1991) por ser una "grave simplificación" del objeto, en tanto que hace referencia a lo empírico y descriptivo y no a comprensiones teóricas ni analíticas. Por otra parte, excluyen la dimensión psicosocial derivada de la situación.

Hasenfeld (1990) destaca la intermediación y la función social del mantenimiento y control social, pero a su vez se distancia del planteamiento del primer grupo de autores y del segundo, al señalar que la atención de necesidades puede tener la direccionalidad del cambio en las condiciones de vida material y en lo psicosocial de las interacciones de los

sujetos, así como en el nivel macro, contribuyendo o formulando políticas y leyes.

En este enfoque cabe también el cuestionamiento al uso del concepto necesidad y no de satisfactores argumentada por Neef Max y otros (1986), en tanto que son las carencias de satisfactores lo que no permite el desarrollo humano, ya que las necesidades son de carácter universal y genérico del ser humano y lo que varía según las culturas son los satisfactores y el acceso que a ellos se tenga según las relaciones sociales de cada formación social concreta.

El tercer grupo destaca aspectos del aquí y ahora de la vida cotidiana y la subjetividad de la interacción. Por ello encontramos sus fuentes epistemológicas en la fenomenología.

El cuarto grupo de conceptualizaciones se diferencia de los anteriores por las raíces del materialismo histórico, el uso de la categoría clase social, que subyace en los planteamientos; con ello, se refleja una ruptura paradigmática en cuanto a comprensión del objeto de estudio. Además, incorporan el concepto problemática y se remite su génesis a los procesos macroestructurales. Esto se manifiesta con claridad en las conceptualizaciones de los años setenta y ochenta en América Latina. En la década del noventa se formulan conceptualizaciones que sintetizan en su formulación, la problemática como manifestación de lo macroestructural, pero a su vez recuperan lo psicosocial de la interacción y la cotidianidad de la vida de los sujetos.

Sobresale también en las comprensiones de los setentas un acento por caracterizar al sujeto y la noción de transformación social como direccionalidad de la aprehensión del objeto. Se aprecia en la evolución que tienen las comprensiones, una búsqueda por articular lo general y lo particular, el pasado y el presente, lo cotidiano y lo estructural.

Nos planteamos la pertinencia de distinguir entre objeto disciplinario y objetos particulares de la profesión, para distinguir dos dimensiones: la de la producción de conocimientos desde el Trabajo Social para aportar a la teoría social, con lo cual planteamos el desafío de tener una perspectiva amplia y de diálogo con otros campos disciplinarios y no una perspectiva endogámica y egocéntrica en la producción que guíe en torno a realimentar exclusivamente un campo disciplinario. Si bien, pensamos que como campo disciplinario está en su génesis, no debe distorsionarse su desarrollo, en tanto que la perspectiva de las ciencias apunta a la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad para entender la complejidad. En este ámbito de lo disciplinario somos vulnerables, en tanto que el papel de la producción de conocimientos vía investigación básica y aplicada, no se posiciona aún mediante publicaciones y el reconocimiento académico oficial del "expertise".

Entonces, si el Trabajo Social transita de profesión a construirse como disciplina científica de las Ciencias Sociales, requiere parafraseando a Nora Aquín (1996), pensar lo que hacemos y saber lo que pensamos, a lo que agregamos que tal reflexión no debe realizarse endógenamente, sino con una perspectiva de visión compartida de las Ciencias Sociales críticas, cuyo campo de investigación se refiera a las expresiones cotidianas de la **inequidad social**, el acceso desigual a las oportunidades y satisfactores y a las interacciones problémicas en sujetos individuales y colectivos resultantes de los condicionantes macroestructurales que obstaculizan el **disfrute pleno** de los derechos humanos.

El debate sobre la especificidad profesional se ha caracterizado por centrar la atención en los asuntos referidos a la intervención: el objeto específico, los sujetos y los métodos e incluso suele plantearse la búsqueda de una teoría propia o bien la relación entre especificidad y legitimidad. Otros han cuestionado este enfoque endogenista para plantear la discusión desde un

eje histórico-estructural y en esta perspectiva hay quienes plantean el debate en términos de: la existencia de un objeto disciplinario del Trabajo Social; la no existencia de un objeto exclusivo y la distinción entre el objeto disciplinario y objetos particulares de intervención profesional.

Susana García (1991: 22-23) señala como especificidad, la intermediación entre carencias y satisfactores, con lo cual subraya una característica del quehacer profesional. Pero a su vez, García apunta la carencia de un estatuto teórico para esa intervención.

Josefa Batista, citada por Montaña (1998: 121), argumenta que la especificidad no es exclusividad adquirida por una disciplina en el dominio del objeto. La especificidad consiste en las formas particulares o las perspectivas asumidas por la profesión, lo cual, según Batista, está mediado por la relación entre proyecto profesional y objetos.

La discusión sobre la especificidad es para Nora Aquín (1996) un encuentro con la identidad de "saberes y oficios", y no un desencuentro con la otredad. Los saberes son los resultados de la sistematización de la práctica profesional y este proceso debe ofrecer cuestionamientos que estimulen necesarios procesos de reflexión. Entonces para Aquín, los conocimientos específicos que requiere la profesión devienen de la lógica de la investigación y no de la intervención.

Estamos de acuerdo con Montaña C. (1998), quien sostiene que plantearse el tema de la especificidad es quedar atrapado en la comprensión positivista de los que producen conocimientos y los que lo aplican, lo cual lleva a la separación entre ciencia y técnica; pero también señala que, negar la existencia de las especificidades en las profesiones, no significa desconocer que éstas posean características generadoras de cierta autorepresentación, sentimientos de pertenencia e identidad profesional. Sin embargo, cada profesión no puede ser reducida a un área específica

del saber o del conocimiento, o viceversa. Por lo tanto, no existe una relación de correspondencia directa entre un tipo de profesión y una ciencia que la complementa.

Las profesiones son formas sociotécnicas del trabajo humano, más o menos vinculadas, que dan respuesta a una parcela más o menos determinada de la realidad, y para ello, capta e interpreta situaciones y fenómenos valiéndose de todos los conocimientos y campos del saber que le sean necesarios y elabora propuestas de intervención que contribuyan a la solución de problemas.

En consecuencia, no hay profesiones científicas y profesiones técnicas, sino prácticas o actividades científicas, y no hay campo de conocimiento científico exclusivo de una profesión.

Reafirmamos y apoyamos la tesis (Iamamoto, M.; Netto, P.; Montaña, C.) de que el desarrollo de la profesión es comprendido como fenómeno histórico, resultante de determinaciones de la realidad, por las relaciones sociales de producción y por los procesos políticos. Pero también, la profesión es resultante de su capacidad para reconocer y redefinir su legitimidad en el contexto de la diversidad y complejidad de las demandas.

La legitimidad estará dada en virtud de la asertividad profesional de comprender teóricamente su desafío genético, o sea, nacer como producto necesario para la reproducción del capital, y a su vez, superar los planteamientos dualistas y perversos que enfatizan como norte de la intervención: la reproducción social de la desigualdad en virtud del determinante genético, o bien, como transformación social como alternativa. Esto es, una bizantina discusión aún existente, dado el peso de las interpretaciones mecanicistas y visiones voluntaristas.

La legitimidad pasa por el entramado histórico y complejo de la contradicción fundamental generadora de exclusión social y de

amortiguadores a la conflictividad y está marcada por la construcción de mediaciones entre los sujetos y el acceso al disfrute de los satisfactores consecuentes con los derechos individuales y colectivos. Así, la elaboración de mediaciones en la intervención profesional, contiene a su vez elementos reproductores y superadores del orden social vigente, tanto desde las políticas sociales, como desde las organizaciones comunitarias o de los trabajadores. Entonces quizá el punto nodal para manejar la tensión entre las acciones reproductoras - acciones superadoras, sin perspectiva dualista, está en comprender la política pública con enfoque de derechos humanos, lo cual permite articular lo jurídico, los sistemas institucionales en el ámbito nacional y local y los mecanismos de exigibilidad de los que una ciudadanía activa requiere apropiarse.

El enfoque de los derechos humanos parte del reconocimiento de las desigualdades sociales, y abre la perspectiva de recuperar la diversidad y la especificidad de los sujetos; ello obliga a incorporar el género, las relaciones sociales y las relaciones generacionales (niños/as, adolescentes, adultos/as, adultos/as mayores). Así, lo social, desde la perspectiva de las ciudadanías, se amplía y complejiza pues no se reduce a satisfactores económicos para la sobrevivencia, sino que se extiende a lo sociocultural, psicosocial y sociopolítico. Por ello, afirma Gÿendell (1999), las ciudadanías de los sujetos específicos amplían la ciudadanía general, e integran a las libertades públicas los derechos sociales y económicos.

A ello se agrega que el ejercicio de la ciudadanía activa, plantea el tema de la participación y vincula también la ampliación de la democracia que supere el enfoque delegativo y transite hacia la democracia participativa. Por lo tanto, de acuerdo con Gÿendell, L: (1999: 26), la política pública con enfoque de derechos, está llamada a realizar rupturas en varios planos:

a) Superar la perspectiva fragmentada por una de carácter integral que obliga a repensar las formas de organización de los servicios sociales.

b) Superar el enfoque biologista de lo social que conduce a una perspectiva curativa.

c) Trascender el objetivismo positivista que construye categorías de lo social a partir de criterios como por ejemplo: población, beneficiarios y niegan las expresiones subjetivas que le dan significado a lo social.

Las conclusiones posibles

§ Se demuestra a lo largo de este artículo, que no ha mermado la fortaleza autorreflexiva que ha inquietado la comprensión del ser del Trabajo Social y que ha trascendido la frecuente discusión en torno al hacer.

§ Lo anterior deja planteada la necesaria discusión acerca de ¿cómo construir lo disciplinario mediante la producción de conocimiento vía la investigación para aportar desde este campo al enriquecimiento de la teoría social? Y, por otra parte, fortalecer lo profesional en lo técnico operativo a partir de los saberes generados por la sistematización de la práctica profesional.

§ La inacabada discusión acerca de la naturaleza del Trabajo Social se ha fortalecido al superar los dualismos en las interpretaciones, porque hay un reconocimiento de que el Trabajo Social está inmerso en una realidad compleja, que lo marca desde su génesis, aunque no necesariamente así fue comprendido.

BIBLIOGRAFÍA

Aquin, N. (1996). **La relación sujeto-objeto en Trabajo Social, una resignificación posible en la especificidad del Trabajo Social y la formación profesional.** Argentina: Espacio Editorial.

Crozier, M. y Erhard F. (1980). **Actors and systems.** USA: The University of Chicago Press, Chicago and London.

García, S. (1991). **Especificidad y Rol del Trabajo Social.** Editorial Hvmánitas.

Gÿendell, L. (1999). **La política pública y la ciudadanía desde el enfoque de los derechos humanos: la búsqueda de una nueva utopía.** Mimeo.

Kaplan, M. (1969). **Formación del Estado Nacional en América Latina.** Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Maguiña y otros (1987). **Trabajo Social alternativo y proyecto popular.** En: **Acción Crítica**. N^o 22. ALAETS-CELATS.

Molina, M.L. y M.C. Romero (1994). **Costa Rica: la educación en Trabajo Social.** En: **Revista Cuadernos de Trabajo Social.** N^o47. Madrid.

Molina, M.L. y M.C. Romero (1997). **Los Modelos de Atención Asistencial, Socioeducativo-Promocional y Terapéutico.** San José: Universidad de Costa Rica.

Montaño, Carlos (1998). **La Naturaleza del Servicio Social.** Sao Paulo, Brasil: Cortez Editora.

HACIA LA CONSTRUCCION DE ENFOQUES ALTERNATIVOS PARA EL TRABAJO SOCIAL PARA EL NUEVO MILENIO

Nora Aquín*

Resumen

El artículo intenta reconocer el carácter problemático de la identidad, a partir de las propias representaciones de los profesionales y de las miradas construídas por los otros. Enmarca este debate en una apreciación general del contexto, fundamentalmente los aspectos simbólico-culturales que han dejado huellas más profundas en el Trabajo Social, particularmente en la interpretación de la cuestión social, en el cuestionamiento de la idea de derecho social, en el aumento de los parámetros de eficiencia y productividad a través de la consolidación de una perspectiva tecnocrática. Todos estos elementos se configuran al interior del campo profesional en lo que se da en llamar neofilantropía. Para incursionar en el tema de las marcas que estas mutaciones dejan en nuestra identidad, se parte de una delimitación de los alcances de la categoría, enfatizando en su carácter procesual de rupturas, superaciones y conservaciones y, por lo tanto, equívoca y no unívoca. Se enuncian los cambios producidos y también el núcleo duro que permanece y que define a la naturaleza de nuestra profesión: su carácter de práctica distributiva y cultural. Finalmente, se incursiona en algunas implicancias de este planteo en el proceso de formación académica y profesional.

Palabras Claves: Identidad - Trabajo social - Profesión - Formación Académico - Profesional.

Summary

This article attempts to recognize the problematic character of identity, from professionals' own representations and from other's constructions. This debate is placed in the framework of a general appreciation of context, fundamentally the symbolic-cultural aspects that have left deep marks in Social Work, particularly in the interpretation of the social question, in the questioning of the idea of social rights, in the increase of the parameters of efficiency and productivity by means of the consolidation of a technocratic perspective. In the professional field all these elements configure what is called neophilanthropy. To analyze the marks that these mutations leave in our identity, one begins from a definition of the limits of the category, emphasizing its character as a process of ruptures, overcomings and conservations, and therefore, equivocal and no univocal. Changes produced are stated as well as the hard core that remains permanent and that defines the nature of our profession: its character of distributive and cultural practice. Finally, some implications for the academic and professional formative process are analyzed.

KEY Words: Identity - Social Work - Profession - Profesional Formation - Profesional

** Licenciada en Trabajo Social. Docente de la Escuela de Trabajo social de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Candidata a Magíster en Sociedad e Instituciones de la Universidad Nacional de San Luis. E-mail: noraquin@arnet.com.ar*

1.- INTRODUCCION.-

Es importante reconocer que lo que aquí se diga tiene una historia, hecha de prácticas y representaciones, que los aspectos que logre poblar y aquellos otros que deje vacíos representan una síntesis de historia,

coyuntura, análisis y acciones, situados en un espectro de utopías posibles. Asimismo, hay que aceptar que lo que se diga, se escriba o se haga tiene una inscripción en un punto de vista, que no es el único, ni siquiera podemos afirmar que sea el mejor, pero que nos amarra, nos orienta, nos sostiene, en una red en donde las razones y los conceptos son apenas un aspecto, que se entraman con ideología, deseo, experiencia sedimentada, afectos, esperanzas.

Reflexionar acerca del Trabajo Social en relación a las condiciones sociales y su capacidad de respuesta frente a las mismas, es ya para nosotros una práctica frecuente. Si bien es cierto que casi todas las profesiones debaten permanentemente nuevos problemas y situaciones, ésta es una disciplina que como ninguna otra en las Ciencias Sociales, precisa revisar-los y revisar-se. Este constante proceso de cuestionamiento, mueve a algunos colegas a la queja. Sin embargo, creemos que esta práctica constituye uno de los soportes éticos máspreciados que están consolidados en nuestra profesión. Al decir de Nicolás Casullo, permanecemos "con la vigilia de la negatividad, con el insomnio de teorías de la sospecha frente a los arrasadores espíritus de época".

La pregunta por nuevos caminos es cuasi estructural a la profesión, quizá en gran medida porque ella se dirige a los aspectos más duros de nuestra realidad, y la intervención de cara al conflicto social más urgente produce siempre algún desfasaje en la necesaria articulación entre conocimiento, producción del mismo e intervención eficaz. De ahí que Trabajo Social carga como un plus el peso de convivir en su quehacer con las más graves problemáticas de la vida de los sujetos. Desde luego, no puede decirse que sea la única disciplina que carga con este peso adicional. Pero entendemos que la búsqueda permanente por mejorar nuestra capacidad de respuesta está habitada por algunos "fantasmas",

algunos "espectros" recorren nuestro campo, sobre todo en relación a nuestra identidad.

En efecto, si tomamos algunas designaciones que nos han otorgado distintos autores de la teoría social en general, y de la teoría del Trabajo Social en particular, encontramos que hemos sido considerados alternativamente como bomberos del Estado, fiscalizadores de la pobreza, policías de las familias, agentes de control social. Todas estas designaciones producidas por lo que podríamos llamar miradas "calificadas" nos han significado, por un lado, desde el polo del Estado - bomberos, fiscales, policías- pero además -y esto no debe ser soslayado- desde el polo de la negatividad. Simultáneamente, la mirada de los sectores con quienes trabajamos nos invisten con una extensión de la imagen con que el Estado se ha presentado históricamente a la sociedad: somos en su imaginario los benefactores, volcados principalmente hacia el bienestar de los ciudadanos, guardianes de la justicia, detentores de una ética incorruptible, representantes de intereses generales. A través de estas imágenes viene a coincidir la presentación social del trabajador social con la presentación social que históricamente ha asumido el Estado a través de sus políticas sociales.

Y entre estas dos representaciones, nuestro propio discurso que no siempre logra diferenciarse, que no siempre puede superar nuestra atadura -tanto material como simbólica-, con este tipo de discursos. Estas distintas representaciones producen una circulación simbólica a veces conflictiva y confusa y, en tanto soporte de nuestra intervención, nos juegan malas pasadas y no pocos enredos, que muchas veces oscurecen la aprehensión del significado real de nuestra práctica. Creemos en este sentido que hay un proceso de constitución de nuestra disciplina fuertemente signado por una relación discursiva de externalidad, inscripta en sus orígenes¹ y por lo tanto difícil de superar. Este mito de los orígenes

ha operado como fuente de ambigüedades, de incertidumbre de nuestras fronteras, de indecisión de nuestros contenidos. Y en este sentido, vale recordar que el sentido y direccionalidad de las profesiones no se define sólo por contenidos discursivos, y mucho menos por la sola voluntad de los agentes profesionales, sino que se define por su inserción en la dinámica social como una práctica social específica, condicionada por determinaciones objetivas y por la correlación de fuerzas vigente. Y si de determinaciones objetivas y correlación de fuerzas se trata, la cuestión se torna compleja de cara al 2000, también para el Trabajo Social.

2.- EN QUE CONTEXTO VENIMOS A DISCUTIR IDENTIDAD Y FORMACION.-

Estamos siendo testigos atónitos de varios genocidios simultáneos, bajo la mirada, en unos casos complaciente, en otros indiferente, de quienes tienen el poder en el plano internacional. Se muere y se mata en nombre de identidades antagónicas. Recrudece el fascismo, peligra la democracia, se duda del valor de la política, y todo este espectáculo se mira con la lente del cálculo y del pragmatismo. Al decir de Waldo Ansaldi, este mundo, que conlleva riesgos ciertos de uniformidad en todos los planos -incluyendo el muy decisivo de la cultura, donde se expresan las identidades, por la creciente macdonaldización de las sociedades, con su secuela de mecanismos de control individual y colectivo fundados en sistemas racionalizados, es también un mundo caracterizado por un brutal incremento de la desigualdad, probablemente sin parangón en la historia de la humanidad, y que es observable tanto a escala planetaria como al interior de cada sociedad.

La pérdida de integración social de amplios sectores de la población, el aumento de la pobreza con el concomitante aumento de la desorientación,

el nuevo perfil de las políticas estatales y por lo tanto la reconfiguración regresiva de las relaciones Estado-sociedad, conforman un núcleo temático que sin duda genera entre nosotros malestar. Y decimos malestar como sinónimo de un **vacío de valores de orientación**. De esta vacancia se nutren iniciativas violentas y caóticas; se acrecienta la tentación del encierro en sí mismo, pero también la inclinación a combatir lo OTRO, presunta encarnación del mal y de las propias dificultades.

Podríamos decir, igual que aquella hermosa canción que canta Ana Belén, "me mata la estupidez de llegar a un fin de siglo distinto del que soñé". Dicho en otros términos, **CRISIS DE LA MODERNIDAD** y de sus postulados básicos. Postmodernos por ósmosis en medio de una modernización pendiente.

Pero de las innumerables mutaciones contextuales a las que asistimos, queremos detenernos en los aspectos del relato postmoderno que creemos que afectan en mayor medida a las prácticas y representaciones del Trabajo Social: si el relato post moderno declara la obsolescencia del ideal de progreso, de la razón histórica, de las vanguardias, de la modernización integradora, de las ideologías, de las utopías, ¿qué es lo que proclama en cambio? Básicamente, **la exaltación de la diversidad, el individualismo cultural, la multiplicidad de lenguajes, formas de expresión y proyectos de vida, y el relativismo axiológico**. Propuesta vaga que puede dejarnos sin futuro, postrados ante los hechos consumados, y que es fuente de profundo malestar. Malestar que se profundiza apenas logramos desentrañar los servicios que el postmodernismo presta a la ofensiva político-cultural de la economía de mercado. De hecho, la retórica post moderna ha sido provechosamente capitalizada por el neoliberalismo para poner al día un ansiado proyecto de hegemonía cultural: reculturalización a través del discurso postmoderno que legitima la ofensiva del mercado de los años 80, vale decir, que tiende a hacer

coincidir los gustos de la gente con la promoción de las políticas promercado y con la consolidación del sistema capitalista transnacional.

Veamos cómo se conectan las críticas postmodernas y el proyecto cultural neoliberal:

1.- La exaltación de la diversidad, tan cara al discurso postmoderno, redundando en la exaltación del mercado, como única institución que garantiza la diversidad de gustos, proyectos, lenguajes y estrategias, y única que evita los excesos intervencionistas del Estado, que sólo tendrá funciones subsidiarias allí donde el mercado se muestra insuficiente. La desregulación es el correlato práctico de la apuesta valórica del respeto por las diferencias. Y aquí es donde todos los gatos se vuelven pardos: pierden relevancia los problemas de disparidad social, de heterogeneidad estructural, etc.

2.- La crítica de las vanguardias se traduce en una crítica de la función transformadora de la política, por una parte, y por otra en una crítica a la planificación e intervención desde el Estado para ordenar, regular u orientar el curso de la sociedad. Pone al Estado como un actor social más, y luego objeta su intervención como voluntad de dominio de un actor sobre otro.

3.- Al no haber lugar para dinámicas emancipatorias ni utopías, no hay por qué cuestionar la sociedad presente, lo que vale son los hechos consumados, la sociedad de consumo, el derroche, la alienación del trabajo, la brecha entre países, la marginalidad, el tecnocratismo.

4.- La crítica de las ideologías y de las utopías se vuelca específicamente sobre el igualitarismo, y sobre todos los aspectos ideológicos que se desprenden de la teoría marxista.

5.- La crítica de la modernización integradora transforma las asimetrías estructurales en una sana muestra de diversidad, y relativiza indicadores centrales del desarrollo, tales como la mayor cobertura en los campos de salud y educación.

Por eso es que podemos afirmar la existencia de una sincronía entre la ofensiva del mercado, la desestabilización de los contenidos culturales vigentes en el proyecto de la modernidad, y la inculcación de un modelo cultural y funcional al mercado. Y entonces se produce un confuso uso de eufemismos: es más seductor hablar de la diversidad que de las asimetrías, del polimorfismo cultural que de la competencia individual, del deseo que de la maximización de las ganancias, del juego que del conflicto, de la creatividad personal que del uso privado del excedente económico; la dimensión ética es reemplazada por el encanto estético; la negligencia frente al futuro se disfraza de pasión por el mercado. Así, las contradicciones estructurales del capitalismo se legitiman culturalmente de la mano del discurso postmoderno. Algo así como que la mona se viste de seda: sensibilizar culturalmente a las personas para lubricar la hegemonía neoliberal.

Cuando, como en los procesos que nos atraviesan, apelando a la idea de libertad se cercena la igualdad y se niega la diferencia, o por el contrario, cuando en nombre de la igualdad se mutila la libertad y se niega el derecho a la diferencia para concluir en la uniformidad, la búsqueda de una nueva utopía que realice los tres valores y los consolide en el marco de la justicia, es una tarea que incluye a la discusión académica al mismo tiempo que la trasciende, y se convierte en un aspecto prioritario en la agenda de quienes queremos un mundo mejor. A partir de entonces, la cuestión no es solo académica sino fundamentalmente política.

3.- ESTA OFENSIVA SOCIOCULTURAL TIENE EVIDENTES EFECTOS EN EL CAMPO DEL TRABAJO SOCIAL.-

Hemos enfatizado estas mutaciones socioculturales porque tienen efectos claros a nivel de nuestra profesión. Mencionemos algunos:

1.- En primer lugar, **en la interpretación de la cuestión social**. En el discurso neoliberal, los conflictos, se afirma, se han resuelto; lo que ha quedado en pie es lo único posible, y frente a ello, pareciera, sólo valen miradas cómplices, ninguna mirada alternativa. Así se naturalizan las desigualdades, se las expropia de su carácter histórico y social. Es así que una asombrosa cantidad de intelectuales dedican todos sus esfuerzos a la crítica de las teorías críticas. Resulta preocupante que el valor teórico predominante gire alrededor de la descalificación de toda posible teoría del conflicto. Al amparo de esta suerte de complicidad teórica instalada, se eliminan categorías centrales para comprender la cuestión social; por ejemplo, y entre otras, se elimina a la pobreza como relación social, instalándose en su lugar a los pobres, significados como incapaces, impotentes y atrasados.

Las teorías en boga han psicologizado la cuestión social, produciendo una valoración negativa de aquellos sujetos que demandan lo que otrora fueran derechos sociales, puesto que quienes acuden a ellos expresan y reconocen su "deficiencia" individual para afrontar la vida. Si son deficientes, bien vale entonces en esta perspectiva, perpetuar en los desposeídos una suerte de estatuto de minoridad, de la mano del cual siempre está presente el desprecio y la condescendencia, y la sospecha continua de que se trata de una población sobrante que quiere apropiarse de la ayuda en forma indebida; por lo tanto, quedan expuestos a permanentes vigilancias y evaluaciones por parte de expertos que comprueben la existencia y permanencia de los requisitos que los habilitan para ser tratados como pobres. Nuestro reclamo, sin nostalgia pero con firmeza, se dirige a recuperar el valor de la teoría como crítica de lo

existente, como interpelación de la realidad y de los conflictos que nos atraviesan.

2.- Otra maniobra discursiva importante reside **en el cuestionamiento de la validez del concepto de derecho social**, que es sustituido por el deber moral. La asistencia social ha dejado de obedecer al derecho de los desposeídos para constituirse en un deber moral de aquellos que están en condiciones materiales de ayudar. A los pobres, ni justicia, ni compensación por las injusticias: a lo sumo, y en el mejor de los casos, piedad. Con ello, se absolutiza la definición de la asistencia en el campo de los dominantes, y por esta vía se clausuran los espacios de pacto y negociación, propios de los derechos sociales. Todas estas visiones son inculcadas hasta la coacción.

3.- El modelo aumenta, también para nosotros, los requisitos en los parámetros de **eficiencia y productividad**, exigiendo cada vez más elementos para la definición y tratamiento social de los pobres, tratamiento que viene a consistir, básicamente, en volver "razonables" sus demandas -según la razón dominante, claro está-. Las exigencias de focalización, tanto de las necesidades como de la población que merece ser atendida, nos colocan en el lugar de expertos habilitados para clasificar a las personas. Si pensamos, por ejemplo, que nosotros somos emisores casi con exclusividad de los aparentemente neutros certificados de pobreza, veremos que esa operación tan cotidiana está poblada de significaciones, ya que el certificado de pobreza implica, fundamentalmente, una asignación de identidad, a través de la cual se ponen en juego múltiples ejes de inclusión y exclusión.

Esto es lo que se está jugando en la perspectiva tecnocrática que intenta imponerse. El modelo actual está invocando permanentemente el saber tecnocrático, un saber tecnocrático que tiene algunas operaciones discursivas importantes de destacar:

3.1.- la identificación de lo que existe con lo único posible, de manera que se identifica orden posible con orden vigente.

3.2.- La reducción de la razón a una racionalidad técnica que selecciona estrategias al margen de la inclusión de otras racionalidades, y de la reflexión sobre las condiciones sociales de producción de las diversas racionalidades.

3.3.- La transformación de los problemas sociales en problemas técnicos de costo-beneficio, cuya solución está en manos de técnicos, y al margen de cualquier discusión en el espacio público. El horizonte se acota a la administración del statu quo. La destreza y el buen oficio pretenden sustituir a la conciencia y la voluntad colectiva.

3.4.- El saber tecnocrático es un saber interesado en asegurar y ampliar el campo de acción del control social. Quizá no seamos conscientes los trabajadores sociales de las múltiples actividades que realizamos en orden al control social de la población.

Así, propuestas aparentemente novedosas y que prometen un futuro de seguridades, la propuesta de gerencia social, por ejemplo, a nuestro criterio promueve la acción social como marketing empresarial y como una olimpiada de la beneficencia, que lejos está de una restauración ética por los más débiles ni un compromiso humanitario como responsabilidad cívica de todos sino más bien, un planteo de vivir sin sufrimiento. Esta perspectiva está muy influenciada por una visión productivista y competitivista de las acciones que se ejecutan, de la eficiencia en la gestión, de la excelencia como objetivo permanente de hacer más y mejor con menos recursos, pero circunscrito y limitado. La propuesta es "elevar la productividad de los pobres" tomando los roles empresariales como parámetro de la acción social; es como si ahora todos tuvieran que ser

empresarios, microempresarios, microcomerciantes, microemprendedores, microproductores, etc.

Otro ejemplo: en este contexto se viene consolidando lo que genéricamente se denomina las fundaciones de empresa, producto de las interacciones entre el sector no gubernamental y el privado en lo que se refiere a las prácticas de acción social. En este caso las empresas tienen ventajas en desgravaciones impositivas en tanto se ocupen de un rubro llamado "ayuda social", pero lo que viene ocurriendo es que esa ventaja es destinada a sus propias fundaciones, en donde reciclan su imagen para vender más o tener mayor influencia o prestigio. De manera que esto que viene llamándose la nueva ética de los negocios funciona con el mismo criterio empresarial de relaciones públicas y gestión de marca, no como la asunción de un compromiso solidario y una responsabilidad pública.

Para sintetizar, el neoliberalismo ha tomado forma al interior de nuestras profesiones, a través de las prédicas neofilantrópicas, que, al calor de la reducción del gasto social, intentan consolidar el desplazamiento de una concepción de la intervención social basada en derechos sociales, a la de una intervención sustentada por piedad y otros deberes morales. Nuestra práctica cotidiana constata a diario cómo la ola reaccionaria actual contra la ciudadanía social amenaza al conjunto de las dimensiones constitutivas de la ciudadanía plena, proceso que viene siendo denominado como de **desciudadanización**, y que al interior de nuestra profesión se manifiesta en lo que podríamos llamar la **neofilantropía**, expresión específica para el Trabajo Social del neoliberalismo y el neoconservadurismo, retrotrayéndonos, con nuevos ropajes, a la prehistoria de la ciudadanía social, en que se consideraba al problema de la pobreza y la indigencia como objeto de sentimientos privados de compasión y piedad hacia los grupos más vulnerables. La prédica neofilantrópica interacciona con la consideración del otro como

víctima, no como ciudadano, y por lo tanto le ignora su derecho a pertenecer a la comunidad política, aunque su suerte en el mercado le haya sido adversa. De esta manera, propicia el debilitamiento de la forma deber en el espacio público, y promueve la pérdida de su resonancia colectiva: la caridad, el espíritu humanitario obedecen ahora a los estremecimientos del corazón y no al derecho social o a un imperativo ético. Se trata de un proceso de **semiotización ideológica** que intenta producir la convicción (casi religiosa) de la desigualdad entre los hombres, introduciéndola y preparando agentes sociales para que la introduzcan, en todas las dimensiones objetivas y subjetivas de la vida social². Esta es la estrategia discursiva central que hoy se abre paso en nuestra profesión: el desplazamiento de la intervención en la cuestión social basada en una concepción de derechos y responsabilidades sociales, a una con fundamento en el deber moral.

4.- LAS HUELLAS EN NUESTRA IDENTIDAD.-

Podría señalarse una tradición en el camino de pensar la identidad como un conjunto de rasgos y características que portan sujetos, grupos o pueblos, y que los distinguen de otros. Estos rasgos generalmente se heredan, se mantienen y se transmiten. Entonces el camino sería sencillo y lineal, bastaría con rastrear los rasgos que nos han caracterizado y nos caracterizan como profesión, como si se tratara de un catálogo de virtudes en un momento, de saberes y conocimientos en otro, de compromisos, utopías y valores en otros. Arribaríamos así, supuestamente, a la tan ansiada caracterización sobre la identidad del Trabajo Social. Esta tarea ha sido emprendida por más de uno en nuestra profesión, y los resultados siempre han sido erráticos, y, en esta búsqueda esencialista de la identidad perdida, nunca han logrado dar cuenta de la complejidad que el problema encierra.

Pero desde otro lugar, podríamos pensar la identidad como una construcción histórica, compleja, polifacética, contradictoria. En esta perspectiva, ya no hay espacio para hablar de una identidad, sino de identidades plurales, y en términos de Laclau, siempre contingentes y precarias. Siempre habitadas por procesos de conservación, de superación y de ruptura.

Por lo tanto, la identidad no es una esencia fija e inmutable, sino un proceso de constitución histórico mediante una red de vínculos medianamente estables y significativos, y de relaciones que los sustentan. Desde estas relaciones y representaciones, un sujeto -sea individual o colectivo- construye su autoimagen y la imagen del otro: la identidad se estructura, se mantiene o se modifica en relación con otros. Para el caso del Trabajo Social, la identidad no es solo una definición acordada por el colectivo profesional, tampoco es una serie de rasgos o características que portamos, sino que es todo ello y además, también se constituye de la mirada que los otros construyen sobre nosotros. La mirada de los otros marca profundamente nuestra mirada sobre nosotros mismos, y es por ello que también nos constituye.

Giddens sostiene que es necesario entender los imaginarios sociales como un sistema simbólico que produce un grupo o colectividad, a través del cual se percibe, se divide, elabora su finalidad. Entre las funciones básicas de estos imaginarios se encuentra la legitimación o invalidación, la inclusión o la exclusión, el premio o el castigo, la designación de la identidad de un colectivo y el ordenamiento de su historia, ubicando los acontecimientos colectivos en una unidad compartida. De ahí la idea de identidad como construcción, que no puede ser comprendida si no es en el contexto societario más amplio.

Afirmar que la identidad no es fija, una e inmutable, invita a pensarla no como unívoca sino como equívoca, pues tiene varios significados, tanto

en su contenido, como en los espacios en que se genera y construye. Existen distintas y hasta contradictorias imágenes de lo que es el Trabajo Social, aún entre los mismos profesionales. La profesión se piensa y ejerce desde el gremio, que generalmente se piensa desde "el ser", y desde la academia, que generalmente se piensa desde el "deber ser". Ambas instancias, por momentos divorciadas, por momentos articuladas, por momentos mimetizadas, son espacios privilegiados en los procesos de constitución de nuestra identidad profesional.

Concebir la identidad como equívoca y multifacética, remite, ineludiblemente a su carácter histórico, y desde el mismo a la preservación y recreación como dimensiones constitutivas de la misma. Es en este marco que podemos decir que cada momento en que a través de la construcción de nuestra identidad hemos ordenado nuestra propia historia, produjo rupturas y cimbronazos, superó aspectos y fue dejando su impronta en la historia de nuestra propia consolidación.

Y hoy, en el contexto al que aludíamos en la primera parte, el modelo neoliberal ha violentado la base de sustentación teórica, funcional y laboral del Trabajo Social, violentando por tanto la identidad construida. Las coordenadas de las formas de nombrar e interpretar las transformaciones sociales se ven replanteadas. Como consecuencia, las evidencias compartidas están resquebrajadas. Esto debe ser asumido, juntamente con la incertidumbre que viene a interpelar algunos contenidos del imaginario profesional, dejando como insuficientes y obsoletos ciertos enfoques del Trabajo Social. Hoy ya no hay espacio, dentro de nuestros imaginarios profesionales, para las miradas binarias, cualesquiera sean sus polos; ya que al mismo tiempo que la sociedad se reconfigura le ocurre otro tanto a los esquemas de interpretación, se están quebrando las viejas lentes epistemológicas y teóricas. Todos los criterios binarios de categorización estallan: dominantes-dominados, periferia-

centro, burguesía-proletariado, y también público-privado, estatal-societal, etc. etc. Ya no podemos seguir manteniendo -como el contexto de la Reconceptualización nos permitía- la esperanza en la existencia de reservas culturales intocadas, puestas en un sector popular homogéneo, desde el cual podríamos interpelar a todo el sistema. La heterogeneidad social ha hecho retroceder a la clase universal salvadora y a la utopía concomitante. Hoy se torna necesario reconocer que los procesos simbólicos de expectativas de la modernización no quedan en la frontera de la población; la mayoría podrá estar al margen de los beneficios tangibles del proceso, pero toda la población participa de sus expectativas. Se trata de procesos que han permeado profundamente a todos los sectores sociales.

Nuestro campo, entonces, viene siendo poblado por múltiples sujetos, que no están solo en la pobreza, ni cautivos de las Políticas Sociales del Estado. Pues entonces, ¿dónde están?. Los vemos dispersos por todas partes, en la fragmentación de esta sociedad de fin de siglo. Los vemos en los escenarios más ligados a la concentración del poder, en las madrugadas más crueles de las esquinas urbanas, en las soledades escondidas y nostálgicas de los “no lugares”, los vemos alienados en las expresiones de la violencia, los vemos, en definitiva, en toda oportunidad en que la diferencia se ve reprimida, y ello no reconoce sólo diferencias de clases.

Preguntarse por los sujetos es preguntarse por su modo de subjetivación, esto es, cómo las condiciones de vida se internalizan en la estructura de personalidad. En términos de Sartre, implica preguntarse qué hace el hombre con lo que han hecho de él. No hay pensamiento a priori en este terreno que sea fructífero. Es necesario atender a ciertos modos de subjetivación propios de prácticas sociales concretas y situadas.

Por otra parte, haciéndonos eco de la noción que indica que las Ciencias Sociales trabajan con “objetos que hablan” (Bourdieu, 1983) es imposible soslayar la problematización del objeto de nuestra disciplina: nuevos sujetos que construyen o redefinen, según se trate, nuevos objetos de intervención³. Al respecto, una advertencia: tomamos sustancial distancia de las perspectivas que buscan captar el objeto de estudio ñy también de intervención- como si éste fuera una posibilidad unívoca y excluyente, en una posición de totalidad totalitaria que busca la definición de un único objeto. Afán idealista y pretensión errática que, aún en la actualidad, sigue provocando adhesiones.

Por el contrario, a fin de siglo la Teoría Social ha admitido como constitutiva a ella la categoría de DIFERENCIA, abriendo así camino a distintas posibilidades de construcción a este respecto. En consecuencia hoy es saludable para el Trabajo Social hablar de la construcción teórica de su objeto tanto de estudio como de intervención, admitiendo diferentes conceptualizaciones según sea el marco teórico que se tome como referencia.

Por lo tanto, estamos afirmando un proceso de reconfiguración del campo profesional: a él ingresan prácticas y representaciones sociales que emergen en torno a situaciones conflictivas que atraviesan los sujetos al vivenciar la ruptura de ciertas redes sociales, lo cual obstaculiza la realización de procesos que satisfagan sus deseos y necesidades (materiales-económicas; culturales; sociales o simbólicas). Todo ello, cualquiera sea el escenario desde el que estos sujetos participan en la producción-reproducción de la existencia social y en la distribución del ingreso, que indica niveles diferentes de consumo. Alejándonos de posiciones economicistas, reconocemos en la actualidad que la posición en el campo económico es sólo uno de los ejes de integración o exclusión: hoy

cobran también relevancia otras posiciones, como la de género, la etárea, el capital cultural, el capital social, las preferencias sexuales y otras.

Los profundos cambios a que asistimos dejan así un campo “minado” de identidades y prácticas sociales que hoy desafían la eficacia, eficiencia y oportunidad de las intervenciones profesionales, y en particular del Trabajo Social. En términos de Giddens, asistimos a la producción-reproducción de una nueva institucionalidad, creada por la emergencia de nuevas prácticas sociales, y una nueva forma de regular las relaciones y la convivencia social. Proceso por demás conflictivo que al incidir ñen el plano de la subjetividad- en las matrices de aprendizaje, deja marcas profundas y abre espacios a crisis de identidad social, sobre la base de que han cambiado también ñen el plano de la objetividad- sus condiciones de existencia.

Pero más allá de todos los cambios enunciados -y aquí encontramos aquellos aspectos de conservación que hacen a nuestra identidad- es posible hablar de un campo de intervención pertinente a nuestra disciplina que se delimita recuperando ciertas constantes de las diferentes lógicas del campo social, y que se estructura como campo profesional. Es decir, hay un núcleo duro de nuestra identidad que se mantiene, y que de alguna manera hace -sin caer en planteos esencialistas- a la esencia de nuestro oficio y al sentido de nuestra profesión. Ese núcleo duro radica en que el Trabajo Social -que, como toda práctica social, está estructurada por una situación macrosocial estructurante- significa una intervención social con el propósito de transformar o estabilizar cierto aspecto de la realidad social. En tanto práctica social, y distinguiendo a las prácticas por su objeto, Trabajo Social es al mismo tiempo una práctica distributiva y una práctica cultural. Decimos que es una práctica distributiva, en el sentido de distribución de valores de uso entre individuos, grupos e instancias sociales, cuyo objetivo es lograr una distribución deseada. Y decimos que

es una práctica cultural, entendida como constelación de símbolos y formas culturales sobre las que se forman las líneas de solidaridad y fragmentación entre grupos, y su propósito es la transformación o la reproducción de estas herramientas del discurso. Y es aquí donde queremos ubicar el combate a fondo contra la neofilantropía, contra su particular interpretación de las necesidades y contra los procesos de descuidanización que provoca: trabajamos con sujetos sociales que circulan y buscan satisfacer sus necesidades materiales y simbólicas en ámbitos públicos, estatales o de la sociedad civil, en tanto ciudadanos, esto es, sujetos investidos de derechos, y no en tanto objetos de compasión.

Cuando mencionamos que trabajamos con sujetos sociales que circulan en la búsqueda de satisfactores, estamos conceptualizando distintas formas de interacción entre sujetos: una forma muy importante de interacción es la transferencia de prácticas a través de límites entre ámbitos. Para el caso del Trabajo Social, individuos y grupos, en su lucha cotidiana por la reproducción dentro de un mismo ámbito, intentarán a veces basarse en experiencias vividas en otros ámbitos. De manera que el funcionamiento interno de un ámbito de prácticas sociales puede promover la transformación de otros ámbitos en virtud de la participación común de individuos y grupos que transfieren sus experiencias. Con lo que queremos significar que las prácticas que se desarrollen a nivel familiar, grupal, comunitario o institucional dentro del campo de nuestra profesión, pueden ser transferidas a otros ámbitos de la interacción social, y con ello, indirectamente, aportar a la constitución de ciudadanía o bien alentar procesos de descuidanización. Es decir, la pérdida de identificación, tanto racional como afectiva, con los derechos, con la conciencia de tales derechos, y con las instituciones representativas de los derechos de ciudadanía. La descuidanización produce un profundo debilitamiento en la capacidad del ejercicio de los derechos. El problema

de la degradación ciudadana, dirá Habermas, es que tiende a que el malestar se diluya hacia adentro o hacia los costados, más que hacia arriba.

Nosotros insistimos mucho en las relaciones entre Trabajo Social y Ciudadanía -que por razones obvias no podemos desarrollar aquí- porque reconocemos un desplazamiento, en el Trabajo Social -y en la sociedad toda- desde lo que históricamente fueron "los de abajo" hacia "los de afuera", que expresan nuevas modalidades de la cuestión social hoy: cada día más la exclusión sociocultural tiende a ubicarse en el centro de la dinámica del conflicto social. La mayor cercanía del Trabajo Social con la cuestión de la ciudadanía se entabla a nivel de los derechos sociales, concebidos como espacio de construcción de sujetos que se emancipan de las limitaciones básicas que su condición le impone a su disposición. En esta perspectiva ñque inauguró el mismo Marshall- seguimos pensando en los derechos sociales como habilitaciones para su ejercicio, como desarrollo de capacidades, abiertos a la posibilidad de su conquista, y por lo tanto presuponen la constitución de actores que "ganen" el espacio político que posibilite su implementación efectiva. Entendemos que el Trabajo Social ocupa un lugar privilegiado en el terreno de la acción social en relación a la ciudadanía o a la descuidadización.

De manera que somos, a la vez, los mismos y diferentes, porque los escenarios que nos han constituido como sujetos profesionales se están borrando, al mismo tiempo que aparecen otros, muy ricos y complejos, que producen modificaciones en la práctica de todos los sujetos, también del trabajador social. Lo cual impacta a manera de desencanto en nuestras prácticas y representaciones profesionales. La tarea, a nuestro criterio, consiste en convertir ese desencanto en fructífero: asumir nuevas identidades en los "Otros", implicará ñ más tarde o más temprano- asumir que podemos y sabemos hacer y decir con ellos nuevas cosas sobre ellos,

al mismo tiempo que podemos lograr resignificaciones acerca de los sujetos con los que trabajamos, en relación a sí mismos y a los otros. Nuestro lugar podría ser un “no lugar” en la intervención en la medida que no seamos capaces de articular nuevas lógicas a las nuestras y hacer florecer desde nuevas raíces discursos y actos diferentes. Las prácticas sociales de los trabajadores sociales, mirados cada uno de ellos como sujetos, esto es, más allá de su lugar en el campo profesional, también están marcadas por la segmentación, las inseguridades, el desaliento y las nuevas búsquedas. Todo su “ser” está atravesado también por las contradicciones que vemos en los “Otros”. ¿Podemos todavía admitir siquiera que ello no repercute en el hacer profesional, aún cuando no lo hayamos objetivado como un obstáculo del área de nuestra propia identidad y afectividad? Intuimos que las aparentes disociaciones en las que a veces nos movemos constituyen el camino por el cual arribar a nuevos posicionamientos frente a sujetos y objetos nuevos, y que ello se traducirá en la intervención profesional.

La tarea entonces, para producir frutos desde el desencanto consiste a nuestro criterio en asumirnos como sujetos inmersos en estas tramas a las que aludimos, y también prepararnos para afrontar como profesionales e intelectuales los desafíos y exigencias que aquellas tramas les proponen a nuestras intervenciones profesionales.

5.- EN RELACION A LA FORMACION.-

En el plano académico, podríamos parafrasear a Marc Bloch: "Hemos combatido, largamente, juntos, por una historia más amplia y más humana. En el momento en que escribo, sobre la tarea común se ciernen muchas amenazas. No por culpa nuestra. Somos los vencidos provisionales de un injusto destino..." (1941).

Estamos convencidos de que la perspectiva tecnocrática, articulada con la olimpiada de la beneficencia que hoy nos propone el discurso neofilantrópico al interior de nuestra profesión, no es para nosotros un destino ineludible, sino que merece ser debatida. No creo que nuestra única opción sea la legitimación acrítica de tantas arbitrariedades.

Y en ese camino estamos: dibujando nuevas cartografías para la profesión en un momento instituyente, de elucidación, en el sentido de que estamos pariendo nuevas significaciones. Consideramos que ésta ha sido la impronta de la década de los 90 en nuestros debates: al mismo tiempo que se vienen discutiendo las relaciones entre el Trabajo Social y la Sociedad, se ha pensado al Trabajo Social en el campo de las Ciencias Sociales.

Hace muchos años ya, Sergio Bagú señalaba que es en medio de las crisis cuando las sociedades comienzan a mirarse críticamente a sí mismas. Lo mismo podría decirse respecto a las profesiones. Las crisis y transformaciones de los sistemas sociales van de la mano con las crisis y transformaciones de sus imágenes interpretativas. Una teoría es un sistema de categorías de percepción. Toda política, programa o estrategia de intervención tienen una racionalidad específica que debe ser reconstruida, si queremos dar cuenta de ellos. Este es el marco en que intentaríamos definir por dónde pasa prioritariamente la formación de los futuros profesionales, de cara al 2000.

Los cambios que hemos referido y que han impactado fuertemente en nuestra identidad, se manifiestan a nivel educativo: producto de la nueva división de funciones entre el Estado y el mercado, se produce un proceso de dualización en el consumo de bienes educativos, como parte de lo que se viene denominando el ajuste cultural. En esta dualización de funciones, el mercado tiende a optar por las ofertas educativas que mejor realimenten su propia dinámica, esto es, capacitadas para incrementar la tasa de ganancia.

Esta apreciación podría hacer dudar de las posibilidades de Trabajo Social. Todo haría pensar en la desaparición de nuestra profesión como práctica específica. Sin embargo no es así: el dilema para las sociedades que se van estructurando según el modelo vigente, consiste en que la renuncia por parte del Estado a una dirección estratégica de la sociedad incluye la renuncia al control de la tasa de ganancia, pero concomitantemente -y con efectos desfavorables para el conjunto de la sociedad- la renuncia a la regulación de la conflictividad social, que estalla y se multiplica. Esta renuncia no podrá ser eterna. El Estado y otras organizaciones de la sociedad civil deberán, más tarde o más temprano, recuperar para sí los procesos de regulación de la cuestión social, so pena de firmar su propia sentencia de muerte.

Esta hipótesis permite conjeturar, hacia el mediano plazo, no solo la recuperación de espacios transitoriamente perdidos para nuestra práctica profesional, sino la ampliación de nuevos horizontes hoy no estructurados formalmente. De ahí la importancia de una sólida formación profesional, con fuerte contenido teórico, que nos permita conceptualizar los distintos problemas sociales, analizar sus determinaciones y consecuencias; que nos habilite para proponer soluciones eficientes y eficaces; que nos instale definitivamente en el campo de la producción de conocimientos a través de la investigación social. Todo ello a partir de una fuerte inscripción en el campo de las Ciencias Sociales. Queremos profesionales capaces de intervención con eficacia social y gestión competente, y capaces de producir conocimientos.

Creemos que el desafío fundamental de nuestros centros de formación en la actualidad del capitalismo, consiste en impedir que sea desbaratado el pensamiento crítico. Y lo venimos logrando, a medida que venimos democratizando nuestras razones. Discusiones como las que se dan hoy eran impensadas hace veinte años, en que predominaba un discurso

apologético, misológico y prescriptivo. Claro que el proceso de elucidación en el que estamos embarcados no garantiza los cambios, pero crea las condiciones para que el cambio sea posible. Por eso nuestra historia podría ser contada en tres momentos: en nuestros orígenes, el hacer; luego, pensar lo que hacemos; hoy, queremos saber lo que pensamos.

En este marco, y así como al comienzo hicimos referencia a algunas significaciones que nos han sido otorgadas desde el polo de la negatividad, hoy, hace muy pocos días, encontramos una apreciación de un cientista social de las ciencias duras, quien aprecia "el desarrollo intelectual y el aumento del peso académico que está teniendo el Trabajo Social en las universidades argentinas". Y en segundo lugar, considera que los trabajadores sociales somos "cientistas sociales atípicos": a su deseo de conocer la problemática social se suma una fuerte voluntad de modificarla en un sentido ético y de justicia social".

¿Cómo sostener y consolidar este camino en ascenso?

1.- Reconociendo, en primer lugar, que nuestra profesión se define fundamentalmente en el terreno de la intervención. La lógica de la intervención responde a la necesidad de modificar, de transformar, de restituir, de cambiar, y a diferencia de la investigación, su eje no está centrado en el espacio racional sino que contiene a lo racional como MEDIACION, pero se define en el campo de la práctica real. Es la práctica real la que modifica; las ideas operan como mediaciones, no transforman la realidad directamente sino como mediación. Pero es tan importante esta mediación, que si no se redefinen sus contenidos es imposible resignificar la práctica. Pero sin la mediación teórica, la intervención fundada se torna indiscriminada. Este debate necesario al interior de la Academia reactualiza un dilema que se inscribe en los orígenes de la profesión: la necesidad de repensar críticamente la relación entre intervención e interpretación de los fenómenos sociales.

2.- La formación de nuestros estudiantes requiere la recuperación de un horizonte de totalidad, de totalidad abierta, no totalitaria, que permita articular un nuevo discurso de la igualdad, articular discursos y prácticas críticas que entramen lo local y lo global, que sin renunciar a lo institucional impliquen también un compromiso de revitalización de la democracia en la sociedad civil.

3.- Los profesionales de las Ciencias Sociales estamos en un proceso de asunción de mayor humildad disciplinaria, y por lo tanto de menor normatividad. Desde esa humildad, busquemos comprender la complejidad de las dinámicas que se crean entre los múltiples actores sociales. Desde los '60 hasta ahora, el cambio fundamental quizá radique en el abandono de la aventura de los proyectos globales y su sustitución por el interés en las articulaciones intrasociales.

4.- Se requiere una sólida formación en cuanto al papel del Estado. No se requiere ser neoliberal para criticar la hipertrofia estatal, el gigantismo del sector público o la rigidez de las burocracias. El Estado debe ser estudiado articulando con el reforzamiento de la democracia, con énfasis en la concertación social, en la reconstitución de la ciudadanía, en la participación ciudadana, en el papel del Estado como articulador de los distintos actores sociales.

5.- Nuestras curriculas deben prestar especial atención al estudio de la sociedad civil, desarrollando todas las estrategias posibles de intervención en su seno: trabajo en organizaciones de base, económicas o poblacionales. No es fácil ponderar la capacidad de estos movimientos para permear el tejido social. Pero son un reto motivador, porque en su interior se conjugan funciones tales como la administración de la escasez, la movilización de energías sociales dispersas, la desjerarquización de las relaciones, la construcción de identidades colectivas, la resolución

socializada de necesidades básicas, la búsqueda de la democracia en pequeños espacios.

6.- Al interior de nuestra profesión y de nuestra formación adquiere una importancia radical una nueva discusión que nos trasciende, a la vez que nos implica profundamente: el debate ña nuestro criterio una dicotomía tramposa- entre "intelectuales" y "profesionalistas". El primero, saber-representación, remite a una serie de ideas y representaciones para ser comunicadas y consumidas por los colegas del campo intelectual. Se trata de bienes simbólicos que circulan entre productores. Tiene una existencia exterior a los individuos, está formalizado y objetivado. El segundo, saber-destreza, sólo existe en forma incorporada, saber en el cuerpo que se asocia con un saber hacer y solo existe en la medida en que se usa en contextos de interacción.

Hoy, previsiblemente, la balanza se inclina hacia el segundo: el capitalismo posmoderno, junto con el muro de Berlín, derriba el muro mucho más antiguo que separaba el conocimiento de la práctica. Es probable que estemos ante una forma sofisticada de antiintelectualismo.

La oposición saber-representación y saber-destreza presenta por lo menos dos problemas:

- desconoce las condiciones sociales de producción de la teoría como conocimiento de la práctica, distinta del conocimiento-destreza;
- no permite pensar y explicar las articulaciones entre estas dos formas de saber, sino que se limita a comprobar y consagrar la hegemonía de un modo de conocimiento sobre otro. Celebración del analista simbólico, que supone una toma de posición por uno de los dos polos que organizan la estructura de los campos de producción simbólica.

No puede rendirse cuenta de la especificidad del trabajo intelectual si no se supera la visión bipolar del intelectual puro y del intelectual comprometido. Más pertinente es pensar en el intelectual como un personaje bidimensional que solo existe y subsiste como tal si está investido de una autoridad específica que le es conferida por un mundo intelectual autónomo, es decir, independiente de los poderes religiosos, políticos o económicos, y sí compromete esta autoridad específica en las luchas políticas.

Existen una serie de amenazas a la autonomía del trabajo intelectual que surgen de las nuevas formas de mecenazgo que se instauran entre artistas y científicos y ciertas empresas económicas. El control se ejerce no solo desde afuera del campo intelectual, a través de la demanda de servicios simbólicos, sino en el interior mismo de los espacios científico-culturales. Aquí la pérdida de la autonomía tiene que ver con una apropiación gradual de los medios de producción, difusión y consagración cultural por parte de poderes extraintelectuales. Entre ellos, vale la pena mencionar el fortalecimiento del polo de poder tecnocrático de la comunicación....Más que pregonar la muerte de los intelectuales y consagrar el monopolio del "experto", es preciso garantizar una pluralidad de espacios de producción. Entre ellos hay que rescatar el papel del investigador social garantizando las condiciones institucionales que hacen posible una producción autónoma, libre de las determinaciones económicas y políticas y al mismo tiempo profundamente situado en el mundo para afirmar aquellos valores críticos asociados con su condición de autonomía. Para ello es preciso reforzar el control sobre los instrumentos de producción, difusión y consagración del producto de la investigación.

Esta lucha, si quiere ser exitosa, deberá ser colectiva. Para ello se requiere de un programa realista para una acción colectiva de los intelectuales. De allí la necesidad de lo que Bourdieu denomina una "internacional de los

intelectuales" o bien un "corporativismo de lo universal", en la medida en que sólo el control sobre los medios de producción nos permitirá a los investigadores reproducir esos universos sociales privilegiados donde se producen y reproducen los instrumentos materiales e intelectuales de aquello que llamamos la Razón.

Cada una de estas propuestas es sólo una búsqueda a tientas. Pero cada una de ellas vuelve a poner sobre el tapete la tensión entre razón instrumental y razón sustantiva, es decir, entre medios y fines. Este es uno de los grandes dilemas culturales de la actualidad, y en este camino es importantísimo recuperar aquellos conceptos que nos han permitido relacionarnos críticamente con la modernidad, y devolverles su vigencia perdida. Conceptos y valores tales como la alienación, la satisfacción de necesidades sociales, las clases sociales, el cambio estructural, la emancipación... nada de esto resulta irrelevante ni antojadizo. Dos cosas pueden pasar en situaciones como la que estamos viviendo: la impotencia o la inventiva. Apostemos a la inventiva.

En esta apuesta a la inventiva, nos ha interesado concluir con una expresión de Ilya Prigogine:

"La actividad humana está siempre en la frontera entre lo que sabemos, lo que podemos hacer, lo que aspiramos y nuestras potencialidades. Siempre estamos eligiendo; ésa es la razón por la que es tan importante enriquecer la gama de posibilidades y desarrollar nuevas utopías al final de este siglo, que hagan posible nuevas elecciones".

BIBLIOGRAFIA

1. Ansaldi, W.: (primer semestre de 1998). Disculpe el señor, se nos llenó de pobres el receptor. En Revista Interuniversitaria Estudios Sociales. Santa Fe, Argentina,
2. Aquín, N. (Enero de 1999). Las Implicancias de la Categoría de Ciudadanía en la Intervención Profesional. En Revista Confluencias. Córdoba, Argentina. Publicación del Colegio de Profesionales en Servicio Social de la Provincia de Córdoba.
3. _____ (1995) El Trabajo Social en los 90. Córdoba, Argentina. En el libro del mismo nombre. Editado por el Colegio de Profesionales en Servicio Social y la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Córdoba.
4. _____ (1996) La Relación Sujeto-Objeto en Trabajo Social: Una Resignificación Posible. Buenos Aires, Argentina. En La Especificidad del Trabajo Social y la Formación Profesional. Espacio Editorial.
5. Aquín N., González, C. (1998). Mesa de Concertación en Políticas Sociales: ¿Modelo para Replicar? Buenos Aires, Argentina. Espacio Editorial
6. Bourdieu P. et al (1983) El Oficio del Sociólogo. Siglo XXI, México.
- Castoriadis, C.: La Institución Imaginaria de la Sociedad. Tusquest, Madrid, 1983.
7. Casullo, N. (1988). La Modernidad Como Destierro: la Iluminación de los Bordes. En Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna. CLACSO.

8. Gattino S., Aquín N.(1999.) *Las Familias de la Nueva Pobreza. Una Lectura Posible Desde Trabajo Social.* Buenos Aires, Argentina. Espacio Editorial.
9. Giddens, A. (1987). *Las Nuevas Reglas del Método Sociológico.* Buenos Aires, Argentina. Amorrortu.
10. _____ (1995)*La Constitución de la Sociedad. Bases para la Teoría de la Estructuración.* Buenos Aires, Argentina. Amorrortu.
11. González Bombal, I. (1996) *La Visibilidad Pública de las Asociaciones Civiles.* Buenos Aires, Argentina. Documento CEDES N° 116.
12. Grunner, E. (1991) *Las Fronteras del (des)orden. Apuntes sobre el estado de la sociedad civil bajo el Menemato.* En *El Menemato.* Buenos Aires, Argentina. Ediciones Buena Letra.
13. Habermas, J. *Citizenship and National Identity: some reflections on the future of Europe.* Ed. Praxis.
14. Hopenhayn, M. (1988)*El Debate Postmoderno y la Dimensión Cultural del Desarrollo.* En *Imágenes Desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna.* CLACSO.
15. Laclau, E. (1989) *Hegemonía y Estrategia Socialista.* México. Siglo XXI,
16. Tenti Fanfani, E. (noviembre de 1994). *Del Intelectual Orgánico al Analista Simbólico.* En Revista de Ciencias Sociales. UNQUI.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

(1) *Pensemos, por ejemplo, en el compromiso doctrinario de los precursores con los principios religiosos -en el caso de la caridad- y éticos -en el caso de la filantropía-, compromiso que se manifiesta una y otra vez a lo largo de nuestra historia, sea que aparezca como identificación entre objetivos estatales y profesionales, o como identificación entre militancia y profesión.*

(2) *Tomado de la ponencia de Alicia Stolkiner, titulada "¿Cuáles son las posibilidades de construcción de ciudadanía en la actualidad y qué transformaciones se producen en la vida cotidiana?" - VII Congreso Latinoamericano de Medicina Social - Año 1997.*

(3) *Seguimos nuevamente las conceptualizaciones epistemológicas de Bourdieu, y sus nociones de objeto real y objeto construido, que ya fueran incorporadas y problematizadas por otras producciones en el campo del Trabajo Social. Entre otros, Estela Grassi, Susana García Salord y Margarita Rozas.*

PUBLICACIONES

• **ESTUDIOS DE COMPORTAMIENTO ORGANIZACIONAL**

Autor: Juan Manso Pinto

Este texto intenta proporcionar un conocimiento comprensivo de los principales temas, interpretaciones teóricas y estudios empíricos en el emergente campo del comportamiento organizacional. La primera parte del texto se analiza los principales problemas teórico-metodológicos que enfrenta el comportamiento organizacional como disciplina. El resto del texto analiza los procesos psicológicos, grupales y estructurales que afectan la conducta y el desempeño de los individuos en las organizaciones.

Cada uno de los aspectos tratados presenta un breve cuestionario tendiente a desarrollar en el lector la capacidad de aprendizaje y autoevaluación.

La orientación teórica y aplicada del material que el texto presenta le hacen muy indicado para estudiantes de Administración de Empresas, Administración Educacional, Ciencias Políticas, Servicio Social, y otras áreas afines.

• **ANTOLOGÍA DEL TRABAJO SOCIAL CHILENO**

Autor: Mario Hernán Quiroz Neira

Corresponde a una síntesis sobre la Historia del Trabajo Social Chileno, que también marca el comienzo de esta profesión en el continente

El autor fundamenta su texto señalando que en toda la historia del Trabajo Social Latinoamericano, participaron una gran cantidad de personajes que es justo recordar, conocer e imitar. Lamentablemente, muchos antecedentes de la historia de esta disciplina, no se haya recopilada, existiendo sin embargo, una gran cantidad de artículos dispersos en revistas y documentos de circulación interna, que es necesario compilar en un solo texto. Nace así, la idea de organizar los escritos de diversos autores de la profesión, en una antología sobre el Trabajo Social Chileno, para testimoniar y homenajear su obra, que será la herencia histórica para las futuras generaciones de Trabajadores Sociales.

Como señala el propio autor, el texto no pretende ser una versión de la historia de la disciplina escrita unilateralmente. En las propias palabras del profesor Quiroz "*... nunca pensé escribir "La Historia del Trabajo Social Chileno", sino entregarles a ustedes, las versiones de la historia, o la historia de la historia, respetando mi principio básico "del mundo construido", y que las construcciones sociales, son sólo eso: "Construcciones".*

Su título "Antología del Trabajo Social Chileno", responde precisamente a una selección y recopilación de las versiones sobre la historia o partes de la historia; contadas por autores, tales como, Nidia Aylwin, Lucy Gómez Michea, Nolberto Alayón, Teresa Matus, Patricio García Letelier, Pilar Alvarino e Iván Peña O.. Todos ellos, dieron su autorización para integrar

sus trabajos en esta compilación actualizada. El autor se ha limitado a transcribir textualmente sus artículos, precediéndolos de un muy apretado resumen. Es necesario señalar que algunos de los trabajos seleccionados fueron publicados en la Revista de Trabajo Social de la Escuela de Trabajo Social de la Pontificia Universidad Católica de Chile y en la Revista de la Asociación de Asistentes Sociales del Poder Judicial, y otros corresponden a ponencias presentadas en Eventos Internacionales del Trabajo Social.

Además, el texto contiene tres artículos de la autoría del profesor Quiroz. Con respecto al capítulo "Apuntes para la Historia del Trabajo Social en Chile", éste corresponde a un trabajo suyo que será publicado próximamente en un Texto sobre la Historia del Trabajo Social en el Mundo, que está siendo elaborado por la Escuela Nacional de Trabajo Social de la Universidad Nacional Autónoma de México. Este capítulo se destacan los hechos más importantes que han participado en la gestión del Trabajo Social Chileno y se incluye un apartado sobre la Escuela de Servicio Social de la Universidad de Concepción.

Finaliza el autor la presentación de su texto señalando: "*Rara vez la historia es justa con todos; ésta no será la excepción. Perdón por la omisión, perdón por mi incapacidad de comprenderlo todo, perdón por hacer las lecturas que hago del mundo. Sin embargo, igual entrego a mis alumnos y a los alumnos de otros profesores, la percepción de los hechos y de los personajes que hicieron nuestra historia con el mayor de los cariños.*"

• **TRABAJO SOCIAL DE CASO: Enfoque Sicosocial de la Intervención Clínica**

Autor: María Ximena Méndez Guzmán

Todas las disciplinas cuyo norte es el ser humano y su derecho al bienestar, intervienen en una unidad habitualmente denominada "Caso", sin embargo, para el Trabajo Social el Caso representa la esencia de la profesión, no sólo porque a través de la atención de la problemática individual, nacemos al mundo social como disciplina, sino, fundamentalmente, porque esta dimensión del quehacer nos otorga identidad y exige habilidades y destrezas distintas a las de otros profesionales.

El propósito de elaborar este texto es que se constituya en una herramienta precisa de apoyo para la comprensión teórica de la problemática social individual y familiar, como así mismo, el entregar alternativas instrumentales que le permitan abordar los desafíos del trabajo, con eficiencia y eficacia.

La primera parte de este texto se sitúa en el inicio de la Asistencia Social, particularmente en el año 1869 con la creación de la "Organización de la Caridad en Inglaterra", hasta llegar a 1917 con quizás el hito más importante de nuestra carrera, cual es la publicación del "Diagnóstico Social" por Mary Ellen Richmond, que se significó a ella, ser considerada la creadora del Método de Caso Social Individual y para nosotros, el inicio de esta actividad profesional.

La segunda parte, considera desde ese momento hasta hoy y tiene que ver con la búsqueda incesante acerca de los elementos teóricos que nos permitan la explicación científica de las problemáticas sociales. En su momento se recurrió al psicoanálisis y a las teorías conductistas. La década del 60 se caracterizó por la explicación sociológica de los

fenómenos, para luego volver a centrarnos en el hombre individualmente considerado, haciendo uso de la teoría psicosocial, hasta llegar a la teoría general de los sistemas y sus múltiples derivaciones, como son el estudio de los roles, las interacciones y por cierto la comunicación.

La tercera parte de este texto, se sitúa en el desarrollo de "Modelo Clínico de la Intervención Psicosocial". El Modelo en sí mismo es un procedimiento especializado, de tipo terapéutico, que se basa en la relación establecida entre Trabajador Social y Cliente, donde el propósito central tiene que ver por un lado, con la necesidad de lograr el desarrollo de la autogestión del cliente, enseñándole a crear mecanismos que le permitan una vida mejor y más plena. Por otro lado, el posibilitar que éste haga una mejor utilización de los bienes y servicios que están disponibles en la comunidad, para la satisfacción de sus necesidades más vitales.

Ubicados en ese contexto, es que se ofrecen una serie de técnicas de intervención posibles de utilizar tanto en el trabajo directo con el cliente y su familia, como con el medio ambiente social, Se trata de las estrategias más clásicas del Método de Caso Social Individual, así como aquellas otras que se han tomado de las perspectivas teóricas en que se fundamenta este Modelo.

Concluye este texto con la presentación de anexos: El Plan de Intervención, el Contrato e Informe Social, por considerarse tres de los instrumentos más requeridos por todos los Asistentes Sociales, independientemente del área de su intervención.

* Profesora Catedrática, Universidad de Costa Rica. Email: mmolinacariari.ucr.ac.cr

** Profesora Catedrática, Universidad de Costa Rica. Email: mariacrcariari.ucr.ac.cr

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ⁱ Para la mayoría de los autores (Habermans, Giddens, Alain Touraine), la modernidad es vista como un esfuerzo global de producción de control en cuatro dimensiones principales: el industrialismo, el capitalismo, la industrialización de la guerra y la vigilancia de todos los aspectos de la vida. La crisis de la modernidad tiene su origen en la crisis de los valores, la comprensión de los límites de la razón en tanto la ciencia y la técnica no ha llevado a los seres humanos a la felicidad.